



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra:

De la excepcionalidad a la normalidad. Violencia y exclusión

Autor:

Soriano Hernández, Silvia

Forma sugerida de citar:

Soriano, S. (2020). De la excepcionalidad a la normalidad. Violencia y exclusión. En R. Ruiz (Coord.), *Pandemia COVID-19: lecturas de América Latina*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en:

Pandemia COVID-19: lecturas de América Latina

Diseño de portada:

Brutus Higueta, Marie-Nicole

Diseño de interiores:

Martínez Hidalgo, Irma

ISBN:

En trámite

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

DE LA EXCEPCIONALIDAD A LA NORMALIDAD. VIOLENCIA Y EXCLUSIÓN

Silvia Soriano Hernández

CIALC-UNAM

Cierto es que frente a una pandemia de la magnitud de la que vivimos ningún país podría estar preparado, pero no menos cierto es que en la región latinoamericana, por décadas, los sistemas de salud se han visto afectados por recortes que incluyen malos salarios a su personal y un pésimo servicio que apostaba por la privatización. Sin embargo, esto no es todo. La precarización en el empleo también salta a la vista con efectos en forma de catástrofe y otros fenómenos sociales brotan como si la espera los hubiera acorralado. Temas como el racismo, la violencia en general y contra las mujeres en particular, así como la exclusión de amplios sectores de la población, resurgen con la vieja fisonomía en un nuevo rostro. No dejemos de mirar el impacto de la violencia y la exclusión en una región donde se viven a diario estas pandemias ya normalizadas.

Ciertas reflexiones brotan del contexto actual. Constatamos la importancia de la ciencia en la sociedad, del paso que debe abrirse ante la adversidad y el desconcierto. El conocimiento, entendido como un proceso en construcción, es por demás indispensable en momentos de crisis, cuando la difusión de ideas confusas es una constante que oculta múltiples intereses. Otra idea que conviene revelar es lo relativo a la multidisciplina. La sola ciencia médica no es capaz de abarcar un tema tan complejo, si no se vale de otras

herramientas científicas dentro de la misma medicina y fuera de ella como las matemáticas, la psicología, la economía, etcétera. Lo mismo sucede con las ciencias sociales y las humanidades como instrumentos propios de un saber indispensable. Las humanidades nos colocan en la encrucijada de echar un vistazo a esa cultura humana y sus manifestaciones en esta coyuntura.

Tópicos polémicos sobre la vida y su importancia, sobre cuál es la que debe priorizarse al tomar decisiones, se tornan en debates abiertos que la pandemia pone al descubierto y nos recuerdan lo prescindible de muchas de ellas en las sociedades actuales, entre las que se encuentran los pobres y los indígenas así como muchos jóvenes que mueren producto de la exclusión y la violencia que le acompaña.

Conviene resaltar también la poca importancia que se le ha dado, en el mundo entero, a la salud mental. Un llamado en el mes de mayo del secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, Antonio Guterres, también lo evidencia. Al duelo por la pérdida de vidas, hay que añadir la preocupación por un futuro incierto, la inestabilidad en el trabajo y la obligatoriedad de no salir de un cierto espacio. En casos extremos el suicidio es el resultado, pero en otros menos evidentes, los daños en las mentes se acumulan quedando la certeza de que ciertos padecimientos pasan a segundo plano, en parte por el estigma que se les cuelga. Los problemas estructurales, producto de un modelo económico que ha demostrado su fracaso, salieron francamente a la luz con la pandemia. Desde la CEPAL, Alicia Bárcena afirmó que las carencias del sistema de protección social y las fragilidades de regímenes de bienestar social demuestran su vulnerabilidad en estos momentos.

En medio de tiempos convulsos el presidente de Ecuador, Lenin Moreno, propuso la Ley de Apoyo Humanitario en respuesta a las solicitudes del sector empresarial, en la que se acuerda una reducción del salario, que no puede ser mayor al 55%, e incluso la liquidación del trabajador si no está conforme, todo ello con la creación de un contrato de trabajo especial emergente. Moreno sabe que se enfrenta a un fuerte movimiento social que en las calles le ha obligado a dar marcha atrás a otras de sus propuestas

antipopulares, así que se vale del aislamiento social para seguir excluyendo. A pesar de esto, el 25 de mayo varios pobladores salieron a marchar, con cubre bocas y pancartas, desafiando el confinamiento.

En la Sierra Nevada de Santa Marta, en el noroeste de Colombia, el líder indígena Óscar Montero de la Rosa comentó que a ellos no sólo se les mata con armas, sino que el racismo y la discriminación forman parte de una política agresiva contra los indígenas. Imágenes de la normalidad que la excepcionalidad no rompe. En este contexto y ante la falta de información que es evidente, indígenas wayuu protestaron porque el cuerpo de una mujer, que se sospecha murió por COVID-19, no les fue entregado y fue incinerado por disposición sanitaria. Alegaban que no se respetaban sus usos y costumbres. En otro caso similar, la presión fue tanta que las autoridades sanitarias les dieron el cadáver. Esto condujo a que líderes de la etnia recomendaran a sus miembros no asistir a los centros de salud. En su casa o en hospitales, varios indígenas están muriendo sin saber a ciencia cierta las causas y sin información exacta de los riesgos de la enfermedad.

Todavía no existe una vacuna y ya se dan declaraciones en torno a quiénes tendrán acceso a ella prioritariamente. Sin duda, es un reflejo de la exclusión de muchos sobre cierto sector privilegiado. A la violencia propia del día a día, hay que añadir las formas que esta experiencia peculiar le agrega. Imágenes que conmueven, como las de los presos pertenecientes a pandillas en El Salvador, nos reflejan la constante exclusión de cientos de jóvenes, a quienes además de estigmatizarles se les priva de cualquier derecho humano, sin mencionar la ya tan trágicamente normalizada violencia contra las mujeres. Otra instantánea aciaga que esta pandemia nos trae es la exhibición de los cadáveres que aparecieron en las calles de Guayaquil o amontonados en bolsas sin lugar y capacidad para conducirles. La pandemia evidencia un sinfín de escenarios.

Sectores de por sí vulnerables son víctimas mayores en momentos de crisis: las poblaciones indígenas, los jóvenes, los ancianos y dentro de éstos, las mujeres. Ahora podemos contemplar lo difícil que resulta considerar que la maternidad y la

paternidad son construcciones sociales que abrevan de lo natural incidiendo de forma negativa en la percepción que sobre ellas se edifica. Al igual que otras recesiones, la crisis económica pega diferente a hombres y mujeres. En nuestra normalidad, los salarios de ellas, por el mismo trabajo, suelen ser más bajos, las actividades femeninas se asocian al cuidado y esto se refuerza en estos momentos de crisis sanitaria. Las tensiones propias de esta emergencia suelen canalizarse a los menores, los ancianos y las mujeres. Son ellas las que mantendrán ese cuidado de los hijos, hijas, personas enfermas y adultos mayores.

En sociedades como las nuestras, cualquier fenómeno afecta en forma diferenciada a hombres y mujeres. Esto tiene que ver con una desigualdad de género en todos los sentidos, por ello no es extraño escuchar que la crisis económica también les golpea y refuerza estas desigualdades. Si los menores de edad están en casa ¿quién tradicionalmente debe cuidarlos?, ¿podrán las mujeres tener actividades a distancia si escuelas y guarderías están cerradas? Entre las casadas ya es grave, pero entre las madres solteras la carga se vuelve oprobiosa. No podemos perder de vista la desigualdad económica, puesto que muchas de ellas, dedicadas al servicio doméstico, deben continuar trabajando para poder cuidar a los hijos de otras, dejando a los suyos, en el mejor de los casos, en manos de abuelos, lo cual es mucho más palpable en los sectores sociales de menores ingresos. La división del trabajo al interior de los hogares debiera sufrir una profunda modificación a partir de esta crisis.

La distribución de las ocupaciones por género en nuestro continente sigue inclinando ciertas funciones a ellas, que por lo demás suelen contar con menos habilidades a la hora de trabajar a la distancia. Los modelos de familia que se difunden en los medios poco o nada tienen que ver con la realidad de las mujeres pobres. Estas mujeres deben salir para cuidar a otros obligadas a dejar a sus hijos adolescentes que, no sería aventurado considerar, son aquellos que engrosan las filas de las pandillas como en El Salvador.

Lo que sería deseable es que la permanencia en casa del padre y la madre pudiese incidir en cambios en ciertos roles donde ellos

participen en el cuidado y la educación. En tanto no exista una política emanada desde los Estados, que se enfoque a prevenir la violencia contra las mujeres, las crisis nos mostrarán que ésta se recrudece en un sistema que no dio importancia a tales temas. Debe quedar claro que la violencia contra ellas no es un asunto que les compete sólo a las mujeres, es un tema del conjunto de la sociedad, que la daña como colectivo.

Por otra parte, no deja de ser inquietante que en México las madres de aquellos que sufrieron desaparición forzada exijan, nuevamente, el 10 de mayo, fecha por demás simbólica en el país, que la pandemia no detenga la búsqueda. Este proceso reciente nos demuestra la importancia de contar con una perspectiva de género para abordar cualquier temática, ya sea social o médica. Los servicios de emergencia para denunciar la violencia de género deben ser considerados como esenciales, de acuerdo a ONU Mujeres.

El racismo y el sexismo, como males inherentes a las sociedades actuales, exponen su faceta cuando se agrede a indígenas y a mujeres. La separación entre lo público y lo privado en detrimento de las mujeres es de cuestionarse y éste es un buen momento para hacerlo. Así que al término normalidad debemos darle un giro. No puedo dejar de mencionar que el regreso paulatino en España nos mostró a varias mujeres yendo a las tiendas a comprar ropa, en tanto que en Latinoamérica aquellas indígenas que se dedican a la elaboración y venta de artesanías han perdido su principal fuente de ingreso.

A la vulnerabilidad propia de los grupos indígenas en materia de salud y de acceso a servicios hay que añadir los efectos de una situación excepcional como esta pandemia. De allí la importancia de dejar atrás esa normalidad excluyente. En América Latina el virus llegó primero a las ciudades y de allí se expandió hacia otras zonas, confirmando la globalización nuestra de cada día sin importar la de por sí inexistente atención sanitaria para aquellos más alejados de los centros urbanos.

Según información del PNUD, en el mes de mayo se confirmaron los primeros contagios en la selva amazónica del Perú a pesar de que varios grupos indígenas comenzaron a impulsar el aislamiento

al cerrar el acceso a sus territorios. La precaución fue insuficiente en la medida en que muchos de quienes ingresan a esos lugares están vinculados con la explotación minera, maderera y petrolera, que no ha detenido sus actividades. Así que a la amenaza cotidiana se añade la coyuntural. En la misma selva pero del lado ecuatoriano, Richard Vargas, dirigente de la Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana (filial de la Conaie) afirmó que en los primeros días de mayo se confirmó el contagio de 47 personas de las nacionalidades Siekopai, Achuar y Kichwa, sumando dos fallecidas, con síntomas, pero sin diagnóstico, pues no se les realizó prueba alguna. Frente a la adversidad se instrumentaron mecanismos comunitarios como el intercambio de productos agrícolas. Éste es uno de los aspectos positivos que ojalá pudieran volverse parte de la próxima normalidad, aunque eso no deja de lado las condiciones de insalubridad y pobreza que agudizan la exclusión. Aprendamos de respuestas locales que puedan hacerse globales.

Sin acceso al agua, la contaminación de los ríos se convierte en una amenaza seria. En los primeros días del mes de abril, el Oleoducto de Crudos Pesados y del Poliducto Shushufindi-Quito sufrió una rotura y un fuerte derrame de crudo contaminó los ríos Napo y Coca, afectando cultivos y generando otros tipos de enfermedades derivadas de esa catástrofe ambiental. Ahora queda en evidencia que el aislamiento voluntario no les ha sido de gran ayuda, a pesar de ser el mejor mecanismo para mitigar los efectos del virus, no debe perderse de vista la falta de servicios de salud ante cualquier enfermedad, así como lo ficticio que ya resulta hablar de sitios alejados e inaccesibles.

Hay que añadir que la humillación también ha sido parte de las políticas que pretenden detener los contagios. En Ecuador, donde se instrumentó un Estado de excepción (que no llega a las compañías mineras), por ejemplo, cuando se estableció la prohibición de salir, a un indígena que fue encontrado en las calles le cortaron el cabello como castigo por infringir la disposición. Ese castigo no se aplica a un mestizo.

Aquí es donde la normalidad que vivimos no es la deseable y el momento de excepcionalidad debiera incidir en conducir a una nueva forma de relacionarnos entre los seres vivos y con la naturaleza. La resiliencia es parte de esa posibilidad. La ciencia para entender, comprender, difundir y saber para actuar, la ciencia que cuestiona y propone. Para cerrar, recurro al tema de la memoria, no olvidemos y aprendamos de lo que vivimos. Recordemos en qué lugar nos coloca una crisis.

En un texto que publicó, Marcos Roitman enfatizó la importancia que tendrá la memoria en los tiempos venideros, los recuerdos nos mantienen vivos, afirmó subrayando qué es lo que no debemos olvidar: “Tras la pandemia, debemos poner sobre la mesa los nombres de personas, empresas trasnacionales y bancos, cuyas decisiones constituyen la historia de una nueva infamia, que ha puesto en riesgo la vida de millones de seres humanos para salvar el capitalismo y sus fortunas. Ni olvido ni perdón. Memoria para recordar y no olvidar. ¿Será posible?” Rompamos la normalidad a propósito de la excepcionalidad.

SITIOS SUGERIDOS:

<https://www.unwomen.org/es>

<https://www.undp.org/content/undp/es/home.html>

<https://conae.org/>

<https://www.cepal.org/es>